**Año V.—Núm. 1271.** **Miércoles 13 de marzo de 1861.** **Islas Baleares.**

# EL ISLEÑO.

**PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.**

PUNTOS DE SUSCRICION.
Palma.—Imprenta de Gelabert.—Mahon.—D. Matias Mascaró.—Iviza.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

## Seccion estranjera.

Con el objeto de que nuestros lectores puedan enterarse del célebre folleto de Mr. de Lagueronniere titulado *La Francia, Roma y la Italia* lo insertamos íntegro, dejando para otro dia la contestacion que ha dado á dicho escrito monseñor Obispo de Orleans.

### LA FRANCIA, ROMA Y LA ITALIA.

### POR A. DE LA GUERONNIERE.

Los documentos diplomáticos referentes á los negocios de Roma, publicados por el gobierno, y la notable esposicion del ministro de Negocios estrangeros, han puesto muy en claro la lealtad y la templanza de la política francesa.

Pero estas negociaciones, en las que se revelan de un modo tan sorprendente la adhesion del emperador al Padre Santo y la resistencia absoluta del gobierno pontificio, no deben considerarse segregadas de otro órden de hechos que se refieren á ellas directamente.

Desde su advenimiento al poder el emperador ha dado cada vez mayores pruebas de la proteccion que ha dispensado á los intereses religiosos: digno heredero del inmortal autor del concordato, ha tomado á honra dar á la Iglesia todo lo que podia realzar su autoridad y engrandecer su mision.

Para juzgar mejor la situacion presente, tal como se desprende de los documentos sometidos en la actualidad al exámen de las Cámaras, conviene pues que se les coordine y esplique en todos los detalles y en todos los móviles, conocidos ú ocultos, que la caracterizan.

Es de gran interés que el país quede completamente enterado antes de los debates que van á empezar en el senado y en el cuerpo legislativo; hé ahí lo que me mueve á emprender este trabajo; me ha parecido que mi carácter oficial léjos de imponer reserva alguna á mi mision de escritor, le daba todavía mas gravedad. Los cargos que desempeño bajo la superior responsabilidad del ministro del Interior, no me permitian tratar sin su aprobacion asunto tan grave.

Con un liberalismo que no sorprenderá á nadie, Mr. de Persigny ha creido que el funcionario del imperio podia convertirse en escritor para tratar una gran cuestion con toda su independencia; y que el primer deber de la vida pública consiste en cooperar á que se ilustre la opinion de su pais.

I.

Hay actualmente en Europa una cuestion que domina todas las demas, y es la Italia; al propio tiempo que en Italia hay un interés que reasume su historia y su destino, ese interés está en Roma. Reivindicada por la Iglesia y por la fé, como garantía y metrópoli de la unidad católica, codiciada por la península como capital de su nacionalidad, Roma se ha convertido en el problema mas notable y mas temible de nuestra época.

Gracias á Dios no anda en litigio el pontificado espiritual; no estamos ya en los tiempos de las heregías, de los cismas y de las guerras de religion: al contrario es incontestable que la fuerza de espansion del catolicismo tiende mas á acrecentarse en el mundo que á restringirse. En Francia la Iglesia católica, poderosa y tranquila en medio de los cultos disidentes que se profesan con plena libertad, está viendo como se engrandece su autoridad moral bajo la proteccion de nuestras leyes y de nuestras costumbres. Fuera de Francia, en donde quiera que se abre paso nuestra influencia civilizadora, trae consigo los gérmenes de la fé. Detrás de nuestra bandera va siempre la cruz, y al dar al Padre Santo mas almas que súbditos puede perder, ensanchamos cada dia mas las fronteras del verdadero imperio cuyo centro es Roma.

Mas el poder temporal del Papa atraviesa en la actualidad una crísis cuya importancia no debemos rebajar, cuyos peligros no debemos atenuar. Como cuestion política afecta á los mas grandes intereses de los gobiernos y de los pueblos; como cuestion religiosa enardece los ánimos, pone en alarma las creencias y remueve de esta suerte lo que hay mas vital y profundo en la humanidad. Bajo estos dos aspectos, lo que se refiere á la independencia espiritual de la cabeza de la Iglesia toma un carácter de universalidad que se impone á la diplomacia de todas las naciones y sobre todo á la de la Francia.

¿Cuáles son las causas de esta crísis? ¿quién ha producido este fatal antagonismo entre el pontificado y la Italia? ¿quién ha introducido la desconfianza entre el Vaticano y las Tullerías? Si el Papa está aislado al presente, si se ha separado del movimiento italiano del cual es el jefe natural, si ha perdido una parte de sus Estados ¿de quién es la culpa? ¿es culpa de la política francesa? ¿le ha faltado á esta política deferencia, adhesion, sinceridad, paciencia, abnegacion y prevision?

El primogénito de la Iglesia ¿no ha sido un hijo respetuoso y fiel? Hora es de que se aclare á quien corresponde la responsabilidad, y de que en el balance de los hechos, minuciosamente espuesto, tenga cada cual la parte que le corresponde. La opinion pública sabrá reconocer quiénes son los que con su ceguedad ó cálculo han traído el poder temporal del Papa al punto en que hoy se encuentra, quiénes son los que con sus esfuerzos siempre generosos y con sus consejos constantemente desdeñados, hubieran podido preservarlo y consolidarlo.

II.

Cuando en 10 de diembre de 1848 la confianza de la nacion puso el poder en manos del heredero del imperio, el clero se asoció á esta manifestacion popular. En los distritos rurales las gentes iban á votar detras de la bandera de sus iglesias: la Francia entera presentó entonces el espectáculo de que hemos sido recientemente testigos, cuando desde las cimas de los Alpes á las orillas del Mediterráneo, Niza y la Saboya han aclamado á su nueva patria. En los siguientes años, el príncipe, que á la sazon era primer magistrado de la república, fué considerado como salvaguardia de los intereses católicos alarmados y de los intereses conservadores amenazados. Todas las esperanzas de porvenir se fijaron en él, y cuando se vió que empleaba las armas de la Francia en vindicar el honor del mundo católico y dar la bandera de la revolucion pacífica por garantía de la libertad de la Iglesia, nadie entre los hombres que sinceramente se preocupaban de los destinos morales de su pais, dudó ya que entrábamos en una fecunda era de reparacion. La union del poder religioso y del poder civil pareció fortalecerse con todos los testimonios de reconocimiento que de todos los puntos de Francia, y puede decirse de todas las iglesias de la cristiandad, se dirigieron al príncipe que la habia realizado.

Por una coincidencia providencial, á un tiempo ocupaba la Sede de San Pedro un sacerdote educado en las firmes tradiciones de la sociedad católica, y deseoso de rejuvenecer por medio de la libertad un poder comprometido por la servidumbre, y estaba al frente de la Francia el heredero del grande hombre que cincuenta años antes habia dominado y regularizado la revolucion francesa, para emancipar su espíritu de sus pasiones y para aplicar á instituciones civiles imperecederas todo lo que habia de justo y verdadero en la revolucion. De la cátedra de San Pedro debia partir la primera señal que despertase la nacionalidad de un pueblo. El representante de la Francia de 1789 devolvia su prestigio al principio de autoridad comprometido setenta años habia por tantas conmociones y súbitas revoluciones. Por un lado, esta fuerza moral que procede de antiguas tradiciones; por otro, este poder irresistible que corresponde á la voluntad unánime de una gran nacion: el edificio del órden político regenerado habia de levantarse sobre estas dos bases.

En medio de este movimiento de la opinion, la Iglesia aprovechó la primera el cambio realizado, nueve años há, en nuestras instituciones públicas: lo que el príncipe presidente recibia en autoridad de la voluntad nacional, lo ganaba en libertad por la benevolencia del soberano. El panteon fué devuelto al culto de Dios; se dió entrada á los cardenales en el senado; se concedieron dotaciones considerables á nuestras antiguas catedrales; las modestas iglesias rurales tuvieron en el presupuesto del Estado una parte que hasta entonces nunca habian tenido; la religion fué honrada en alto grado; el clero fué públicamente protegido; hé aqui el cambio que se realizó en las relaciones del Estado y de la Iglesia. Asi pues los hechos justificaban todas las esperanzas.

Mas habia hombres que despues de haber intervenido en nuestras luchas políticas conservaban bajo un nuevo órden de cosas el resentimiento de la derrota que habian sufrido; y teniendo en cuenta sus amargos recuerdos, daban poco valor á los triunfos que interesaban á su fé. Se aprovecharon pues de la libertad que el imperio proporcionó á la religion, no bajo el punto de vista de las obras divinas que constituyen la mision de la Iglesia, sino en beneficio de pasiones, esperanzas y proyectos que la Francia acababa de condenar en una votacion solemne. De esta suerte cada concesion que el poder hacia era una nueva arma en manos de esos hombres. El patriotismo del clero les afligia sin desalentarlos; no pudiendo atraerle hácia si, trataron de engañarle; se introdujo hábilmente la duda sobre las intenciones del gobierno frances: al reciente recuerdo de la salvacion del pontificado, realizada por la espada de la Francia, se mezclaron pérfidamente los recuerdos dolorosos de Savona y Fontainebleau; se emplearon todos los medios para hacer sospechosa la política que solo era acreedora al reconocimiento de todos los católicos; se esplotó hasta la caridad, y las vastas asociaciones constituidas bajo su bienhechora influencia, asociaciones á las cuales estaban afiliados tantos hombres de bien, fueron el blanco de los mas activos esfuerzos. De esta suerte la política penetraba poco á poco en la Iglesia, y los jefes de partido, cubiertos con la capa de religion, se adquirian la confianza de los hombres de fé. La libertad religiosa abria la puerta á influencias interesadas que iban á encubrir sus odios hasta bajo la inviolabilidad del altar, transformando los sublimes testos del Evangelio en sofismas de su ambicion. Hasta la caridad era un lazo tendido á las almas generosas, y muchas veces la tolerancia de la ley no era sino la complicidad de los pérfidos proyectos que encubria sin absolverlos.

Lejos de nosotros la idea de confundir al clero de Francia con esos hombres que sin títulos ni derechos se han arrogado una especie de dictadura sobre él. El clero frances es el mas ilustrado, el mas desinteresado del mundo. Heredero de los mas ilustres doctores de la Iglesia, realzado en el siglo XVII por el talento y la virtud de grandes obispos como Bossuet y Fenelon, purificado en 1793 por el martirio, reconciliado en tiempo del Consulado con la sociedad moderna por la franca aceptacion del concordato, ha mostrado sucesivamente su independencia, su valor, su amor á Dios y á la patria. Nosotros le honramos como merece ser honrado; bien sabemos que su patriotismo es inseparable de su fé, y que si bien está dispuesto siempre á morir, como en una época nefasta, al pié de sus altares, tambien está igualmente resuelto á cumplir todos sus deberes hácia el pais y su Soberano. El clero puede ser por un momento engañado por el espíritu de partido, pero nunca será su instrumento voluntario, y si un dia se logra abusar de su buena fé no se conseguirá jamas desnaturalizar sus sentimientos.

III.

La política de la córte de Roma no tardó en sufrir tambien la influencia de esos esfuerzos tan activos y constantes. En vez de inspirarse de los consejos de la Francia á la cual debia su restablecimiento, el Pontificado apenas estuvo nuevamente en posesion del Vaticano recobró la actitud subordinada que le habian creado los tratados de 1815.

Mas nada podia desviar al Emperador de sus resoluciones. La confianza en el Pontífice cuyo trono habia restablecido, no varió por esto: completando en cierto modo á todas horas la obra de la libertad del Pontificado, se presentaba delante de la Europa como garante de la inviolabilidad de la Santa Sede. En el interior de Francia no solo levantaba templos á la fé, sino que prestando su homenaje personal, trataba de robustecer en las almas la autoridad de la Iglesia; por un sentimiento de generosidad no hacia uso de privilegios que de tres siglos acá corresponden á la corona de Francia, sino para devolver á los obispos prerogativas que habian perdido; no encumbraba á las sillas episcopales sino á eclesiásticos designados de antemano á su eleccion por las simpatías de la córte de Roma. No todos los que rodeaban al Emperador participaban de esta seguridad; pero en su lealtad estaba tranquilo y nada sospechaba, y ninguno de los que han tenido la honra de tomar parte en sus consejos, negará que su inalterable confianza resistió á todas las observaciones y á todas las advertencias.

IV.

Esta actitud impasible y benévola del Emperador disimulaba á lo menos los ódios que no desarmaba, y ante estos constantes testimonios de su solicitud, era difícil crear malas inteligencias en la opinion pública sobre los sentimientos que animaban al gobierno imperial con respecto á la córte de Roma. Los movimientos favorables á la independencia italiana que realizaron en la península, complicando la situacion de la Francia, vinieron á proporcionar el protesto que esperaban los partidos. La derrota de la revolucion bajo los muros de Roma y el desastre de la nacionalidad italiana en el campo de batalla de Novara no habian hecho cundir desde el Tesino al Adriático mas que el doloroso silencio de la servidumbre: hasta la conducta que observó el gobierno pontificio, su constante negativa á realizar reformas, y sus manifiestas simpatías hácia el Austria, continuaban dando creces á la alarma del patriotismo italiano. Asi pues lo obra de la emancipacion nacional iba á continuarse por las sociedades secretas y las conspiraciones; las legítimas aspiraciones de la libertad se mezclaban con los complots de los conjurados; la Italia era un foco dispuesto para todas las revoluciones; amenazaba sin cesar la paz de la Europa con una esplosion súbita y espantosa.

La cuestion de Italia que de cincuenta años acá se impone á la diplomacia, era inevitable. Los intereses superiores se dejaban ya conocer en este conflicto, el de la independencia nacional reivindicada por un pueblo sumido en la servidumbre, pero que presentaba á la Europa los títulos imprescriptibles de su derecho; el del Pontificado amenazado por la revolucion y confiado de diez siglos á esta parte

á la custodia de la Francia. En vista de estos distintos principios ¿cuál era la situacion de nuestro pais? ¿cuál era el deber del Emperador ante la conciencia y la historia? Jefe de una familia soberana que habia salido de la revolucion de 1789, y encumbrada dos veces al trono por el libre voto de la nacion, ¿podia abandonar la causa de la Italia, que encontraba en las tradiciones de nuestra política, y á la que se habian mostrado fieles nuestros Reyes mas populares? Católico, primogénito de la Iglesia por el título de su corona y por su adhesion, ¿no estaba comprometido por una intervencion gloriosa á defender la independencia espiritual del Sumo Pontífice, garantida por el poder temporal de la Santa Sede? El orígen y las condiciones de su gobierno le destinaban en Europa para apoyo natural de la nacionalidad italiana; las tradiciones de la monarquía que restauraba, sus sentimientos personales y sus actos, le convertian en el mas firme sosten del trono conmovido del Sumo Pontífice. Hubiera rebajado el honor de su corona si hubiese renunciado á esta fidelidad gloriosa. Hubiera faltado á la mision de su raza sancionando esa servidumbre. Estas dos causas le solicitaban por igual. Ni podia reprimir en el ciego interes de la tranquilidad de la Santa Sede los generosos esfuerzos de la libertad de la Italia, ni humillar ante la península, que se elevaba á la categoría de nacion, la grandeza secular del Vaticano.

V.

La Italia respetada en su independencia, el Pontificado protegido en su poder temporal, hé aquí el doble objeto que la política imperial debia proponerse. Entre estos dos poderes divididos por malas inteligencias, escitados por ciertos recuerdos, y que de cincuenta años aca si esceptuamos los brillantes dias que inauguraron el Pontificado de Pio IX, no tenian al parecer aspiracion ni esperanzas comunes; entre el Pontificado amenazado y la Italia dispuesta á sublevarse, era preciso intentar una reconciliacion y union. Interesaba á la vez á la Iglesia y á la Italia en insistir en una lucha fatal y reconocer mútuamente sus derechos. Este sentimiento ha inspirado todos los consejos dados por la Francia á la corte de Roma, aun antes de que los acontecimientos hubiesen demostrado la necesidad de esos esfuerzos. El Emperador instaba al Sumo Pontífice para que satisfaciese los deseos de la opinion liberal en Italia, realizando reformas solicitadas varias veces por los gobiernos de Europa, varias veces otorgadas y siempre diferidas. El restablecimiento de las municipalidades romanas, la descentralizacion administrativa, la cesacion de numerosos abusos, el restablecimiento en ciertas provincias de las franquicias de que las habia despojado el congreso de Viena, todas las medidas que debian traer la savia del nuevo espíritu á la antigua autoridad del Papa, hubieran agrupado entonces numerosas simpatías al rededor del trono Pontificio: el gobierno romano, sometido en su existencia temporal á las condiciones ordinarias de los poderes humanos, debia saber evitar por medio de las reformas que robustecen á los Estados, las revoluciones que los agitan ó arruinan.

Pero mientras el Emperador agotaba sus esfuerzos para reconciliar al Pontificado con la Italia y preparar de está suerte al catolicismo nuevos y mas gloriosos destinos, el partido político que queria en cierto modo poner á Dios por ausiliar de sus proyectos, provocaba las catástrofes opiniéndose á toda transaccion. Segun ese partido, el Emperador borrando los títulos de su origen nacional, renunciando al legado imperecedero que la revolucion francesa ha dejado á nuestra generacion, debia ser en Italia el soldado del derecho divino. ¿Qué importaba la libertad de la península y esa necesidad de la represion sangrienta que iba á alterar la paz de la Europa? Tratábase de garantir contra toda conmocion los Estados de la Iglesia. Fundábase la seguridad de la Santa Sede en la servidumbre de la nacion.

En semejantes circunstancias, el Austria, cediendo quizás á escitaciones estrangeras, mandó á sus soldados que pasasen en Tesino, y llevó de esta suerte al territario piamontes una guerra agresiva. No tenemos que recordar los acontecimientos subsiguientes. Lo pronta intervencion de Francia, dos grandes batallas dadas y ganadas en dos meses, la direccion del ejército en manos del Emperador, añadiendo nuevos nombres á los nombres gloriosos que nos han legado nuestros padres y en fin la Lombardía cedida á la Francia en la entrevista de Villafranca y devuelta libre á su nacionalidad secular, todos estos hechos tienen ya sancionado su recuerdo en la historia. Mas fuera de la agresion austriaca, esta guerra traia origen de profundas causas que la hacian inevitable y tendian á la constitucion de Italia. Esta guerra era una de las consecuencias fatales de las violentas injusticias de lo pasado.

VI.

Cuando en 1815 los vencedores hicieron la reparticion de la Europa, la Italia fué adjudicada al Austria que encontraba en ella, á la vez que un considerable manantial de rentas para su agotado tesoro, la satisfaccion de una ambicion tradicional. Reinando en Milan y en Venecia por el derecho de los tratados el imperio dominaba todavía á las pequeñas cortes de Parma, Módena y Florencia, en interes de una resistencia comun y de alianzas de familia. En estos vastos despojos, arrancados por la coalicion á la mano poderosa del emperador Napoleon I, el Austria habia disputado hasta á la Santa Sede casi toda la estension de sus dominios de los que se ha apoderado recientemente el Piamonte. En medio del entusiasmo de la victoria, no habia derecho contra la fuerza. El imperio habia colocado centinelas en Ancona, Bolonia, y en donde quiera que veia una étapa de su dominacion peninsular. Luego volvió á emprender la obra en que habian fracasado durante la edad media los Césares alemanes, la obra de despojar á la Italia de su carácter nacional y hacer de esas provincias sometidas por las armas una joya de la corona germánica. En esta tentativa agotó los recursos de la habilidad y de la fuerza.

Desde entonces, en esas llanuras fértiles regadas por el Tesino, el Po y el Mincio hubo dos pueblos uno en frente del otro; los vencidos no comprendiendo el idioma de sus dominadores y protestando por medio de conspiraciones y motines contra su opresion; los vencedores uniendo á todo el orgullo de la conquista toda la desconfianza del porvenir; los unos imponiendo el gobierno, los otros sufriéndolo. Los italianos eran los desheredados de la Italia; las clases inteligentes protestaban contra este menosprecio de si propios y del genio nacional, pero esas legítimas resistencias á la dominacion austriaca no hacian mas que aumentar los rigores y el odio se iba acrecentando con la servidumbre.

La revolucion de 1848 encontró á la Italia dispuesta para una sublevacion. Los acontecimientos de que era entonces teatro la peninsula, crearon al Piamonte un puesto escepcional. Constituido con condiciones libres y sin embargo con miras hostiles á la Francia, se habia convertido en custodio de la independencia nacional ultrajada; y aunque en su primer esfuerzo por vengarla hubiese tenido el fracaso del desastre de Novara, no se dejó desalentar por esta catástrofe ni desviar de al senda que le manifestaban todos los espíritus liberales en Europa. Concentró en si propio, en la difícil esperiencia de libertades públicas todas las fuerzas vivas de la nacion; habló y obró en nombre de Italia; se colocó en el consejo de las potencias como representante de una raza sometida á la servidumbre, y en los campos de batalla puso la bandera de la patria comun al lado de las banderas unidas de Francia y de Inglaterra. ¿Quién pues se sorprenderá de que semejante situacion, condenada por la conciencia de los pueblos y el testimonio de la historia, haya acabado por un duelo entre el Austria y la Italia?

VII.

La Francia habia prevista esta lucha, y para evitarla habia hecho leales tentativas. Guiada por un interes superior de órden público internacional, queria evitar á la Italia los disgustos de nuevas convulsiones y á la Europa las desazones y los peligros de una guerra que podia hacerse estensiva á todos los grandes Estados.

Entre la Italia y el Austria reinaba una irreconciliable enemistad: asi pues era preciso buscar fuera de la dominacion alemana los elementos de la pacificacion de dicho pais. La Francia lo comprendió y lo intentó en el congreso de Paris celebrado en 1856. Apoyándose en la autoridad de este grande ejemplo de una intervencion de las potencias para el arreglo de las cuestiones que amenazan la paz de Europa, pidió en nombre de la seguridad de lo porvenir la renuncia del Austria, no á los derechos de su soberania italiana sino á la accion permanente y general que ejercia en la peninsula en virtud de los tratados con los príncipes. El emperador Napoleon queria que los príncipes á quienes el congreso de Viena concedió una indemnizacion nominal, dejasen de ser los feudatarios ó lugartenientes del Austria para convertirse en gobiernos nacionales. A una dominacion que se habia hecho imposible sucederia en este supuesto la supremacia de la Europa que para la Italia no fuera sino la garantia de su libertad.

Esta solucion ponia en salvo los derechos nacionales, realzaba el honor de las coronas, y no atacaba en nada el legítimo orgullo de la casa de Hapsburgo; hacia salir la cuestion italiana de la crisis violenta en que se debaten de cincuenta años acá los intereses de la Peninsula, y anticipaba los resultados de una lucha sin que hubiera vencidos. Adoptada esta solucion por la Europa, hubiera evitado la guerra y los acontecimientos que han sido su consecuencia.

Hasta entonces pues se sigue con mucha facilidad el pensamiento que dictaba la política de la Francia con respecto á Italia; pensamiento justo, previsor y desinteresado que solo tendia á anticiparse por medio de concesiones, á restituir á los principes su soberanía, y á colocar nuevamente el Pontificado en las condiciones de potencia moral que habia perdido para su autoridad política. El dia en que se publiquen los despachos de nuestro gobierno sobre los negocios de Italia anteriormente á la guerra, se verá el celo que demostró por todos los intereses que estaban comprometidos en ella, y especialmente en favor de la Santa Sede.

Pero cuando la lucha es ya inevitable, ¿cuál será la conducta de la Francia con respecto á Roma? La diplomácia no habia encontrado en ella mas que mala voluntad entre los consejos que se recibian de Viena y los que se enviaban de Paris, la cancilleria de Roma no vacilaba un punto; á las prudentes reformas que le pedia la Francia, preferia la tutela que le imponia el Austria. La autoridad de nuestra proteccion era ya menospreciada; el beneficio de nuestra ocupacion militar era poco menos que desdeñado. Dábase á conocer de antemano la hostilidad abierta por una ingratitud apenas disimulada. El corazon de Pio IX fué sorprendido y engañado por los odios anti-franceses de los Prelados que le eran mas intimos. Sin hacer alto en semejante situacion, el emperador buscó con ahinco los medios oporrtunos para preservar la autoridad política del Padre Santo en la lucha que iba á estallar.

Su programa se hizo púbiico; no habiendo podido obtener el protectorado de la Europa para la Italia, propuso que se formase una confederacion de todos los Estados independientes, cuyo centro seria Roma, cuyo jefe seria el Papa. Esta era la solucion monárquica y católica de la cuestion italiana. Nosotros, que tuvimos la honra de esponer este programa, sabemos mejor que nadie los sarcasmos y las injurias con que fué acogido en el seno del partido cuya influencia dirigia el Vaticano. En Roma y en Paris se rivalizó en violentos. ataques. Negábase la cuestion italiana, consignabase el derecho inviolable del Austria, y en nombre del Papa se rechazaba todo. lo que podia asociarle á la regeneracion de la nacionalidad, cuya causa sus mas ilustres predecesores habian unido á la causa de la grandeza de la Iglesia.

Mas adelante, pero ya tarde, todos abrieron sus ojos, y la idea de la confederacion italiana bajo la presidencia del Papa, formulada en el tratado de Villafranca, debia tener por defensores á los que la habian rechazado con mas energia y menos reflexion.

VIII.

Por último, estalló la guerra, ¿cuál fué entonces la primera preocupacion del emperador? La de colocar los Estados de la Santa Sede bajo la garantía de una neutralidad superior que le protegiese contra los azares de los combates. El ministro de Negocios estrangeros, en su despacho del 12 de febrero, dirigido al duque de Grammont, representante de la Francia en Roma reasume en estos términos lo acordado por los dos emperadores.

«Al principiar las hostilidades, las partes beligerantes proclamaron la neutralidad de la Santa Sede,: continuaban ocupando las posiciones que custodiaban antes de la guerra. Renunciaban á fortificarse en ellas de modo que pudiesen perjudicarse unos á otros. En una palabra parecia que estaban penetrados de la idea de que sobre sus pasajeras discusiones se levantaba un interés superior, igualmente querido para los dos, el interés de la conservacion del órden en los Estados del Padre Santo.

Las guarniciones de Ferrara, de Comacchio, de Bolonia y de Ancona podian con toda seguridad velar por la conservacion de la tranquilidad en las Legaciones y en las Marcas, mientras la guarnicion francesa hacia lo propio en Roma.

Estos convenios bastaban para afianzar la seguridad de los Estados de la Santa Sede. Dejando á los austriacos en las guarniciones que ocupaban en territorio pontificio, la Francia hacia concesion enorme, pero era la concesion de su respeto y de adhesion al Papa. La política podia resentirse de ello, pero sobre los intereses politicos el emperador colocaba la independencia y la dignidad de la Cabeza de la Iglesia.

En donde quiera en que flotaba al aire nuestra bandera, no hubiera habido el mas insignificante ataque á la autoridad de la Santa Sede. Mientras se cuestionaba la libertad de Italia en los campos de batalla de Magenta y Solferino, la tranquilidad de la ciudad eterna no se vió alterada ni un momento por los rumores que acudian á ella desde todos los puntos de la Peninsula. La revolucion que derrocaba los tronos de Parma de Módena y de Florencia no conmovió al Vaticano. Roma temblaba en su patriotismo al rumor del cañon que decidia de la suerte de la patria italiana; pero ese estremecimiento reprimido por la mano vigorosa y tutelar de la Francia, no era sino la manifestacion generosa de las simpatias que inspiraba y cuyas demostraciones procuraba con ahinco suavizar á fin de que no fuesen una ofensa ó un motivo de inquietud para el Padre Santo.

Mas entretanto, ¿qué hacia el Austria. Abandonaba subitamente todas las plazas confiadas á su guardia. Estamos convencidos de que por su parte no fué esto un cálculo, sino una cecesidad de la estrategia. Pero este precipitado abandono debia traer las consecuencias que podian preverse. Su ocupacion habia escitado contra el gobierno pontificio todos los enojos del patriotismo; su retirada dejaba esta autoridad sin defensa á la reaccion del sentimiento nacional reprimido por largo tiempo. No dejaba detrás de si mas que una autoridad sin fuerza en presencia de un pueblo que habia perdido toda su afeccion hácia ella. Así fué que las Romanias no hicieron una revolucion, no tuvieron que conquistar su independencia; la encontraron en los cuarteles desocupados de los austriacos.

La fidelidad de la Francia al principio de neutralidad, la energia de su actitud en Roma para acallar los testimonios de agradecimiente que se le dirigian, tanta prudencia, tanta sinceridad, tanta abnegacion no encontraron sin embargo recompensa en los sentimientos del gobierno pontificio, y entre los consejeros del Vaticano guardado por nuestros soldados, las victorias de la Francia no escitaron mas que un disgusto mal disimulado.

IX.

En medio de todos estos cambios sobrevino el tratado de Villafranca. Este tratado sancionaba un principio, cuyo reconocimiento por ambos emperadores, sin evitar al otro lado de los Alpes las revoluciones interiores, garantizaba á lo menos la paz de la Europa y la libertad de la Italia. La no intervencion de las potencias estranjeras formaba en el derecho público la salvaguardia de la nacionalidad italiana. El Papado, protegido en la residencia de su poder por las armas de la Francia, se encontraba en frente de las Romanias sublevadas, de las Marcas y de las Legaciones; agitadas por movimientos que debian hacer temer á la córte de Roma una próxima catastrofe. Al dia siguiente de su victoria el emperador escribió al Papa una carta en la cual espresaba su constante solicitud por los intereses de la Iglesia. Reservando los derechos de la Santa Sede sobre las Romanías, aconsejaba al Pontifice que concediese, sin esperar las exigencias de la revolucion, las reformas treinta años ha reclamadas por la Europa en nombre de los pueblos de los Estados Romanos. «Suplico á Vuestra Santidad, decia el emperador, que oiga la voz de un hijo adicto á la Iglesia, pero que comprende las necesidades de su época, y que conoce que la fuerza bruta no basta para resolver las cuestiones y allanar las dificultades. En las decisiones de Vuestra Santidad veo ó el germen de un porvenir de gloria y de tranquilidad ó la continuacion de un Estado violento y calamitoso.»

Así, despues de tanta gloria, cuando acababa de firmar la paz de Villafranca y de estrechar lealmente su mano con la del emperador Francisco José, la solicitud del emperador Napoleon se empleó inmediatamente en obsequio del Papa.

Quiere asociarle en cierto modo al beneficio de las victorias; acaba de emancipar á la Italia; no basta esto; quiere reconciliarla con el pontificado. A esta noble tentativa ¿qué contestó la córte de Roma? En vez de confiar en el vencedor de Solferino, opuso siempre demoras y reticencias.

Pero ¿qué pedia el gobierno de Roma? La devolucion de las Romanías. Roma no queria dar oidos á nada ni ceder nada sin que primero volviese dicha provincia á ser sometida á su autoridad. ¿Era esto posible? ¿quién habia de realizar esta restitucion por medio de la fuerza? El Austria vencida no se atrevia á ello; la Francia victoriosa no podia hacerlo. El Austria despues de sus derrotas era impotente para empezar de nuevo á orillas del Adriático la larga historia de su antiguo pro-

tectorado; la Francia que acababa de emancipar la Italia no podia dar mas soldados para reemplazar las guarniciones austriacas que se habian retirado. Uno y otro pais se hubieran encontrado comprometidos por esta accion directa en un sistema de intervencion cuyas consecuencias era imposible calcular, y que hubiera traido el desconcierto de las bases de la paz. Por otra parte el Papa no debia cifrar en su propia fuerza sus principales esperanzas; estaba sin soldados ante la revolucion amenazadora.

La corte de Roma, sin embargo, no comprendió esta situacion ó no quiso sufrirla. Aplazó pues para otros tiempos las reformas prometidas. En medio de estas vacilaciones que debian trocarse en breve en obstinada resistencia, los pueblos de la Italia central desprendidos de sus anteriores gobiernos por la retirada de los príncipes, preparaban ó realizaban su incorporacion á la monarquía piamontesa y envolvian en esta incorporacion los Estados de la Santa Sede que amenazaban, por decirlo así, con su independencia. En esto vemos precisamente á donde pueden alcanzar la moderacion generosa en los consejos y la fidelidad en la adhesion. Los acontecimientos se sucedieron rápidamente en la Italia central; organizaronse los nuevos poderes; la revolucion amenazó á Nápoles é invadió la Sicilia; en medio de estos acontecimientos, ¿cuál va á ser la actitud de la diplomacia francesa? ¿qué inspiraciones encontrará la córte de Roma en las necesidades presentes y en las tradiciones de su poder? Los documentos de este gran proceso estan sometidos á las cámaras; vamos á invocar su testimonio, pues tiene la certeza y la autoridad de la historia.

En 26 de febrero de 1860 Mr. Thouvenel renovó en Roma, por conducto de Mr. de Grammont, la proposicion de hacer gerantir por la Europa los Estados del Padre Santo, bajo la reserva de un vicariato origido en las Romanías, y este paso lo acompañaba con estas palabras tan dignas del pontífice á quien las dirigia:

«Aunque el papa viese en esta combinacion un sacrificio parcial de sus derechos de soberanía, ¿no encontrará una compensacion suficiente en la idea, que debe tambien tener su valor en el corazon de un príncipe que reune el título de padre al de soberano, de que habrá contribuido poderosamente á devolver la tranquilidad á Italia, á apaciguar las conciencias y á tranquilizar los ánimos que en todos los puntos de Europa se alarman por la prolongacion de una crisis á la que exigen que se ponga término tantos intereses del órden mas elevado?»

Para darse cuenta de la buena fé con que el gobierno del emperador caminaba hácia una solucion que pudiese conservar la autoridad temporal del Papa, es preciso notar la energía con que su diplomacia trataba de conducir al gabinete de Turin á términos de una transaccion prudente. Al propio tiempo que trabajaba por convencer á Roma de la necesidad de las concesiones, trabajaba tambien por decidir al gobierno de Victor Manuel á no ser mas que el representante del papa en las Legaciones. En un notable despacho dirigido en 22 de febrero de 1860 al baron de Talleyrand, nuestro ministro en Turin, Mr. Thouvenel insta al conde de Cavour en los términos mas formales á que se adhiera á este arreglo, y para hacerle resolver emplea los argumentos mas perentorios, declarando esplícitamente que si la Cerdeña se niega á ello, será responsable de su resolucion y no deberá contar con la Francia en las eventualidades que con semejante negativa pudiese provocar.

Todavia habia de proceder de Roma la oposicion á esas proposiciones tan prudentes y leales. El gabinete de las Tullerias no se desalentó El vicariato fué desechado como una injuria

El emperador presentó entonces á la aceptacion de la Santa Sede una nueva combinacion que Mr. Thouvenel debia comunicar á todas las córtes católicas, y que está resumida en estos términos en su despacho de 8 de abril:

«Organizacion intervencion alguna, sea francesa, sea austriaca, de un cuerpo de ejército destinado á velar por la conservacion del órden en Roma; subsidio ofrecido al romano pontífice por las potencias católicas; y por último promulgacion en los Estados romanos de las reformas ya aprobadas por Su Santidad.»

En esta proteccion habia algo mas que un ausilio prestado á la debilidad; habia tambien un homenage prestado á la grandeza secular de la Santa Sede; era el mundo católico que acudia de nuevo á asociarse con su adhesion á los destinos humanos de la Iglesia. El carácter particular de este protectorado le daba todavia mayor honor. ¿Para qué otra potencia hubieran aceptado las nacioees católicas semejantes deberes, sino para el príncipe que gobierna las almas en nombre de Dios y cuyas manos se elevan sobre el universo para bendecirle? La Italia estaba pacificada; la unidad italiana cuyas pretensiones amenazaban á Roma, quedaba definitivamente reprimida; el Pontificado salia de la crísis acaso mas temible, honrado con el respeto de los pueblos y fortalecido por su adhesion.

Así lo comprendieron las potencias católicas. Mr. de Rechberg dió en nombre de su corte una respuesta favorable, de suerte que Mr. Thouvenel pudo decir en 23 de abril al marqués de Moustier: «Tengo la confianza de que nos será facil ponernos de acuerdo con la corte de Viena.» El ministro de Nápoles declaró que su señor estaba dispuesto á cooperar á estas resoluciones. Mr. Barrot, embajador de Francia en España, referia en los siguientes términos en su despacho de 24 de abril la respuesta dada por la córte de Madrid: «El señor Collantes no niega la obstinacion del Padre Santo, quien desde que ha sido restablecido en su trono, ha olvidado las lecciones de 1848, la catástrofe revolucionaria que le obligó á huir de sus Estados y el ausilio providencial que le volvió á ellos.» Y el representante del emperador cerca de la reina Isabel, añadia: «El primer secretario de Estado cree que esta proposicion ha sido dictada por el sano y tranquilo conocimiento de los verdaderos intereses de la Santa Sede, y que ofrece la única probabilidad de salvar de la revolucion, sin sacrificar absolutamente lo que está ya perdido, las provincias que continúan todavía bajo la dominacion de la Santa Sede, y con ellas tal vez el gobierno temporal del Papa.

Iguales sentimientos se manifestaron por parte de Lisboa, y el ministro de Negocios estrangeros, el señor Casal Ribeiro contestó que «pues desgraciadamente el Papa rechazaba estas concesiones, no habia mas que dejar obrar al tiempo.»

### X.

Tal era el lenguaje de la diplomacia de las naciones católicas. Viena, Nápoles, Madrid, Lisboa contestaron favorablemente al pensamiento de la Francia. En estas córtes, de las que no se supondrá que estaban dominadas por la influencia francesa, se juzgaba la situacion, como la juzgábamos nosotros mismos, y se aceptaba la política de transaccion cuyos recursos agotaba en vano el gabinete de las Tullerías.

En estas circunstancias los conatos de agitacion que se habian producido en Francia en nombre de la religion, pero bajo el impulso y en interes de la politica, iban cobrando mayor brio. Bajo la apariencia de la devocion se formaban coaliciones entre los hijos de Voltaire y los hijos de los cruzados. En folletos escritos en estilo violento se acriminaban las intenciones y la conducta del gobierno; algunos obispos engañados por el celo de su fe se dejaban arrastrar á este movimiento, y los ecos de todo este rumor transmitidos á Roma pudieron hacer creer que la opinion pública se habia sublevado. Se llevo el abuso hasta el punto de imaginar que el emperador estaba aislado en Francia y que habia irritado las conciencias. Este sentimiento perfidamente conservado hubo de contribuir en gran manera al desenfada con que fué acogida en el Vaticano la proposicion que habia sido aprobada por todas las potencias catolicas. Hé aquí la curiosa respuesta dada por el cardenal Antonelli á las gestiones practicadas por el duque Grammont: Está consignada en un despacho de 14 de abril: «La Santa Sede no se adherirá á ningun protocolo que no le garantice la restitucion de las Romanias; insiste en diferir hasta entonces la realizacion de las reformas en que ha consentido el Padre Santo; su inalterable resolucion es la de que no aceptará jamas una garantia para los estados que han quedado bajo su dominacion, porque en su concepto esto seria reconocer una diferencia entre estos estados y los que le han sido quitados. El Papa rechaza el sistema de una renta inscrita en el gran libro de los estados, no consentiria mas que en una combinacion que tenga la forma de una sancion de los antiguos derechos canónicos, percibidos sobre los beneficios vacantes; en cuanto al auxilio de tropas que se le quiere proporcionar, el Padre Santo prefiere tener la libertad de redutar por si propio su ejercito.»

Todos los esfuerzos para conseguir una conciliacion fracasaban, pues ante esa resistencia escitada y enardecida por una apreciacion tan inexacta del estado de la Francia. El cardenal Antonelli lo habia declarado ademas á Mr. de Grammont en una conversacion cuyos detalles se reproducen en el despacho de nuestro embajador:—«El Papa no transigirá jamás.»

Nada de transaccion. Tal era el resúmen de esa politica, ciegamente sometida á las influencias funestas y anti-francesas que señalaba la ilustrada vigilancia del duque de Grammont.

### XI.

Así es que la corte de Roma se habia negado á todo; habia rechazado el vicariato sobre las Romanías como un ataque á su soberanía que no existia ya en dicha provincia; habia declinado la garantia colectiva de las potencias católicas para la integridad del territorio que le quedaba despues de la guerra; habia rechazado casi como una humillacion la oferta de un piadoso tributo prestado por todos los príncipes que reconocen la soberania espiritual del Padre Santo; habia rechazado la proposicion de proporcionarle una guardia todas las naciones fieles á la Santa Sede. ¿Cuál seria pues la actitud de la córte de Roma? ¿seria inmovil espectadora de los acontecimientos que se precipitaban en Italia? ¿esperaria en el recogimiento y en la esperanza de la fé la hora de las reparaciones? Hubierase podido comprenderlo.—En la resignacion hay una especie de austera virtud que ennoblece la desgracia é impone respeto.—Pero la resignacion no entraba en el corazon de los consejeros de Pio IX.—A la sazon en que protestaba contra la idea de una dotacion regular ofrecida por los Soberanos católicos, el gobierno pontificio solicitaba las ofrendas individuales y organizaba en todas partes la percepcion del dinero de San Pedro.—A la sazon en que se rehusaban los soldados que se ponian á su disposicion por la adhesion de los príncipes, alistaba partidarios.—El Emperador habia recomendado constantemente la formacion de un ejército nacional, como testimonio del órden restablecido y como garantía de la seguridad futura; el gobierno romano que habia permanecido sordo á este consejo, iba á tantear la formacion de un ejército sin nacionalidad ni unidad. Esta tentativa se hacia con una ostentacion que queria recordar las grandes manifestaciones religiosas de otra época, y para que nada faltase al aparato escénico, se ponia al frente de esta cruzada un general que no habia militado á la sombra de las águilas francesas en nuestras luchas heróicas de Italia y de Crimea. Digámoslo francamente; cuando un prelado romano conocido por su hostilidad personal á la política francesa iba al centro del Anjou para apelar al valor y á la adhesion de Mr. de Lamoriciére, elegia menos al héroe de Constantina que al hombre político separado del gobierno de su pais. El Emperador, preocupado con los mas elevados pensamientos, no se opuso á esta eleccion, aunque mas de una palabra indiscreta hubiese hecho traicion á las esperanzas que se fundaban en el nombre del general en jefe del ejército pontificio.

«Una poderosa camarilla en el Vaticano, escribia en dicha época el duque de Grammont, tendia á imprimir á esta medida el caracter de un reto dirigido á la Francia. Por toda respuesta á esta advertencia el emperador á ruegos del Padre Santo se aprecuró á dar permiso al general Lamoriciere para entrar en el servicio de un Soberano estrangero.

El partido que disimulaba bajo las apariencias de celo religioso su hostilidad contra el imperio, aplaudió estrepitosamente. Se intentó organizar manifestaciones; se hizo el llamamiento de una nueva Vendée, y en los primeros dias se confundió en un mismo anatema ó los hijos de la revolucion y á los sectarios del Coran. El duque de Grammont en uno de sus despachos trazó el cuadro instructivo de los manejos que trataron entonces de envolver al Vaticano.

«Apenas el general de Lamoriciére, escribia Mr. de Grammont en 10 de abril de 1860, hubo entrado al servicio del Papa, se vieron llegar á Roma numerosas diputaciones francesas que se presentaron en corporacion y con pompa delante de Su Santidad, afectando todos los carácteres de la oposicion dinástica mas pronunciada y usando hasta junto al trono pontificio un lenguaje cuya violencia denota una exaltacion estrema.—Y Mr. de Grammont añade «que estas manifestaciones eran alentadas por algunos *camerieri* influyentes...» Un dia, segun dice el propio diplomático, reinaba en el Vaticano un aire de misterio... A los que iban á visitar el palacio se les detenia preguntándoles: ¿Sois bretones? y se les esplicaba que por un momento las salas estaban cerradas para que el Padre Santo recibiese el homenaje de la Bretaña que en comision iba á protestar contra el Emperador.»

Luego toca el turco á los lioneses, y uno de ellos, que aunque católico fervoroso «no habia tenido por conveniente repudiar el sentimiento de su nacionalidad, fué vivamente interpelado en los siguientes términos: «Caballero, todos somos súbditos del Papa antes de serlo de nuestro respectivo Soberano. Si no participais de estas ideas, ¿que venís á hacer aquí?»

Todo esto esta escrito en despachos oficiales y atertiguado por un embajador cuyo nombre y caracter dan todavia mas autenticidad á esos documentos. Y cuando se piensa que esas escenas ridículas se realizaban en cierto modo bajo le proteccion del ejército francés, bien puede juzgarse cual ha sido la moderacion del Emperador. Esta parodia de Cobletz, esas imitaciones pueriles del tiempo de Gregorio VII, esa distincion estraña entre los bretones y los franceses, esos homenajes prestados al Papa, no como jefe de la Iglesia, sino como Soberano, no merecian que el Emperador se desprendiese de esa calma que toma de su fuerza y de su derecho, pero si no veia en ello un peligro, encontraba á lo menos el testimonio irrecusable de los sentimientos que conservaban en Roma contra la Francia y el Soberano que ella se ha dado.

### XII

Las ilusiones que con tanta imprudencia se formaban, debian verse en breve terriblemente frustradas. Con efecto, Garibaldi no consultando para su mision mas que á su audacia habia desembarcado en Marsalla. Despues de haber recorrido la Sicilia, invadia al frente de sus tropas el reino de Nápoles, cuya monarquía no debia ennoblecerse por el heroismo de la defensa sino en el último estremo de sus desastres. El afortunado soldado en vano intentaba convertirse de improviso en hombre de Estado: bajo su dictadura popular gobernaba el espíritu de Mazzini, la libertad italiana podia hallar su muerte en el triunfo de la revolucion. El Piamonte creyó que se debia á sí propio, que se debia á su seguridad, y á la salvacion de Italia en medio de la cual representaba por sí solo la union de la autoridad monárquica y de la independencia nacional, el evitar esta peligrosa victoria de las pasiones anárquicas, conteniendo y dirigiendo por sí propio el movimiento italiano.

Entre el reino de Nápoles y los Estados, sardos, se encontraba el territorio pontificio. El Piamonte no vaciló ya; con efecto veia en Roma á un general que al encargarse del mando habia declarado francamente su hostilidad contra la causa de que era representante el Rey Victor Manuel. La invasion de las provincias del Papa era pues segun las miras del Piamonte un ataque abierto á la reaccion cuyo centro estaba en Roma, y era una precaucion contra los embates revolucionarios cuyo foco estaba en Nápoles.

El Emperador Napoleon caracterizó claramente su política con respecto á esta agresion en dos actos igualmente significativos: retiró su embajador de Turin y dobló el número de soldados franceses que formaban en el cuerpo de ocupacion de Roma. Asi al propio tiempo que su censura alcanzaba al gobierno sardo, su adhesion rodeaba al Padre Santo de una proteccion mas eficaz.

Pero ¿qué iba á hacer el ejército pontificio en presencia del ejército piamontés? ¿cuál seria la actitud del jefe que lo mandaba y á quien tantos homenages se habian prestado algunos dias antes en calidad de salvador del Pontificado?

El general Lamoricière habia de escoger entre dos partidos; retirarse delante de los invasores con un ejército que no estaba todavia en disposicion de combatir, protestando contra la infraccion de la neutralidad de la Santa Sede, ó aprobar en una lucha desigual la fortuna de las armas. De estos dos partidos solo uno era político y razonable, á saber, la protesta. El general Lamoricière estaba ya acreditado y nadie hubiera tomado su reserva por debilidad. Al optar por la resistencia, se espuso á que se confundiese su valor con la imprevision.

Sabido es lo que aconteció. Nada puede darse mas doloroso y elocuente que el parte del general en jefe de las tropas pontificias. Felizmente para el honor militar, no hay en la historia mas que raros ejemplos de semejante derrota antes del combate.

Otra vez la sangre francesa compró la vergüenza de esta derrota y Castelfidardo no recordaria mas que una defeccion si un puñado de jóvenes franceses no hubiesen sostenido con noble ardimiento un choque desigual.

Viendo que desaparecia por momentos un ejército tan poco digno de él, el general Lamoricière debió comprender la falta política que habia cometido. Su retirada no hubiera hecho mas que agravar la responsabilidad del Piamonte conservando al Papa una apariencia de fuerza militar: su derrota afectaba al poder temporal del Papa y no dejaba á esta ca-

tástrofe mas que el prestigio engañador de la temeridad.

Todas las almas religiosas se llenaron de duelo. Se quiso cambiar en triunfo los funerales de los voluntarios que habian sacrificado generosamente su vida.

Ni el gobierno del emperador ni la opinion pública se conmovieron por esas demostraciones, y hasta el general Lamoricière regresando á Francia despues de esta campaña de un dia, señaló su verdadero carácter rehusando la oferta de una espada de honor.

El Pontificado volvia á encontrarse pues sin defensores. Despues de haber rehusado las garantias de la Europa y el ausilio del mundo católico que le hubiera asegurado la solicitud del emperador, veia dispersado su ejército, invadidas sus provincias, y la revolucion que avanzaba amenazadora hasta las puertas de Roma. ¿Quién le salvará de este desastre provocado con tanta imprudencia? Siempre el emperador. No solo su ejército custodiaba á Roma sino que iba á cubrir el patrimonio de San Pedro evacuado por el Piamonte á nuestra instancia.

Y por un singular contraste, en medio de los consejos pérfidos ó ciegos que querian llevar al Pontificado al destierro para convertirlo en misionero de sus resentimientos, hizo todavia la Francia que Pio IX desistiese de estas resoluciones estremas y retuvo al sucesor de los Apóstoles junto al sepulcro de San Pedro.

XIII

Todo este cuadro que acabamos de trazar no es mas que la historia de la cuestion romana de diez años acá. No hemos consignado mas que los hechos. Pero al lado de los acontecimientos era necesario mostrar las causas, las tendencias, los esfuerzos secretos y las oposiciones abiertas que los han producido sucesivamente y los caracterizan. Asi desde el dia siguiente de la espedicion de Roma, concebida y ejecutada á riesgo de su popularidad por el príncipe que quiso reconciliar á la Iglesia y la libertad, pudo notarse el acuerdo de los jefes del partido católico para organizar la desconfianza y la division, la presion interior ejercida sobre el clero para separarle del poder al que habia aclamado y en el cual veía una proteccion poderosa y popular de sus derechos, la presion esterior ejercida sobre Roma para arrastrarla hácia una ingratitud á Francia y á una separacion moral con el poder nacional que ella se ha dado; el aliento de las exigencias que ningun gobierno podia aceptar y que rechazaban igualmente nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestras leyes, el ejemplo de nuestros mas grandes Reyes y hasta el interés de la Iglesia, la esplotacion pérfida de la situacion de la Italia para atraer mas y mas al Papa del lado del Austria, á fin de colocar al gabinete de las Tullerias en esta alternativa, imposible para su honor, de sacrificar al Padre Santo á la revolucion ó la Italia á la córte de Roma; el trabajo incesante hecho para hacer sospechosos todos los consejos de nuestra diplomácia antes de la guerra, y despues de la guerra al objeto de hacer estériles todas las tentativas inspiradas por nuestra adhesion; y por último la ardiente hostilidad que no toma la pena de disimularse, que atiza el ódio, aconseja la violencia, inspira el ultrage y forma entre Roma y Paris una especie de liga internacional capáz de sacrificarlo todo á sus resentimientos políticos ó á sus pasiones religiosas, todo hasta la Iglesia y la Francia, si la Francia y la Iglesia inmortales por su naturaleza no fuesen superiores á semejantes designios y conspiraciones.

Tal es este cuadro, cubierto con un velo tan trasparente, que apenas necesitamos levantarlo para dejarlo visible á todos.—Y ahora es fácil apreciar el papel que corresponde á cada uno en semejante situacion.

Para las pasiones, cuyo trabajo, oculto primero, pero siempre activo, acabamos de manifestar, el Papa no há sido mas que un medio y no un fin; ellas se han interpuesto entre él y el emperador para separar dos poderes cuya union hubiera desvanecido sus esperanzas: ellas le han engañado; ellas le han esplotado y le han convertido en juguete de sus sentimientos y de sus ambiciones.

En vista de esta intriga, el gobierno francés se ha conservado invariable en sus sentimientos, inflexible en su actitud. Viendo que sus enemigos naturales y sistemáticos rodeaban el Vaticano y se introducian en él con sus perfidos consejos, no creyó que ni aun por la ingratitud pudiese darse por escusado de la proteccion que debia al Padre Santo: hijo respetuoso, su piedad filial ahogó los mas legitimos impulsos de su susceptibilidad. Continuó sus buenos oficios y sus servicios desinteresados. Agotó todas las combinaciones de salvacion, sin cansarse ni resentirse de las negativas obstinadas que la córte de Roma oponia á sus consejos. No dió oidos á las injusticias y á las injurias que le dirigian los que rodeaban al Papa; en medio de estos Prelados enemigos de la Francia, y sobre ellos, habia el Padre comun de los fieles, y nuestra honra era inseparable del deber que llenabamos al velar por su seguridad.

En cuanto á la corte de Roma, puede ver á donde le han conducido las funestas influencias que ha preferido á las inspiraciones del emperador. Aislada en Italia, abandonada por el Austria, censurada por la Europa, privada de las provincias que podia conservar bajo nuestra garantia, reducida á una fraccion de territorio que perderia mañana si no contase con la proteccion de nuestras armas, la córte de Roma ve sucesivamente escaparsele todos los recursos en los cuales habia contado. Creia que la dominacion del Austria en la peninsula era inalterable, y en menos de dos meses de guerra, la ocupacion austriaca fué rechazada al otro lado del Mincio. La corte de Roma habia buscado aliados en principes antipáticos á sus pueblos y estos principes están desterrados. La corte de Roma habia formado un ejército con grandes gastos, y escepto los franceses, valientes cualquiera que sea la bandera bajo la que militen, todos sus soldados huyeron antes de ser vencidos. La córte de Roma apeló á la agitacion de las conciencias, y esta voz que aun removeria al mundo, si saliese de la cátedra de S. Pedro para defender un dogma ó una verdad divina, no encontró mas que indiferencia. Hé aqui lo que han hecho de la autoridad pontificia las influencias fatales que por desgracia han conseguido hacerle la Francia sospechosa y odiosa la Italia.

XIV.

¿Es irreparable por lo tanto el mal? No lo creemos. Ahora puede juzgarse en Roma como en Francia que la cuestion de Italia no es un accidente, como se creia antes y despues de la guerra. La Italia envuelve un grande interés de civilizacion y de órden europeo: no encontraba un lugar propio sino en la historia; la ha conquistado en adelante en la política activa y en la diplomácia de las naciones: ha hecho mas todavía, y se puede decir que el advenimiento de su nacionalidad al mapa de Europa ha modificado ya la situacion general.

La Inglaterra que dos años há declaraba todavía que los tratados de 1815 eran inviolables, ha acabado por favorecer uno de los mas graves ataques que han podido dirigirse al sistema europeo tan sábiamente organizado contra la Francia. La Rusia desde que lealmente renunció á su protectorado esclusivo sobre la Alemania y á su dominacion sobre el Oriente, no emplea su legítima influencia sino en evitar los conflictos; prudentemente progresiva en sus instituciones se ha mostrado en todas partes justa y conciliadora en sus relaciones internacionales.

La Prusia, repudiando vanas alarmas y amenazas temerarias en una votacion reciente, acaba de colocar nuevamente la política bajo un punto de vista conforme con su papel histórico y con sus intereses mas incontestables.

El Austria procura rehacerse de sus derrotas por medio de reformas, y haciendo uso de una reserva que es preciso tener en cuenta, limita su derecho de intervencion al de su defensa. La España sale de sus periodos borrascosos, y su libertad que se regula y modera, le devuelve los brios de su antigua gloria. La Italia ha contribuido en gran parte á este gran movimiento liberal en Europa que destruyéndo los gérmenes de coalicion, consolida todas las esperanzas de paz y de progreso.

Pero si bien la Italia está emancipada, no está constituida, y el obstáculo á su organizacion es Roma. Mientras dure el funesto antagonismo que se ha creado entre fuerzas cuya union responde á tantos intereses, la Italia y el Pontificado temporal no encontrarán las condiciones de su equilibrio. Que se unan, y de esta alianza saldrá su comun grandeza.

Es tan difícil concebir la Italia sin el Papa, como el Papa sin la Italia. Están unidos mútuamente por la tradicion, por la historia, por el respeto universal de todas las naciones católicas hácia la cabeza de la Iglesia. Cuando el emperador se obligó con el Austria, tenia el designio de restablecer este precioso lazo. El dia en que este gran pensamiento se realice, veremos al Pontificado que recobra en la sociedad moderna una autoridad tan elevada como su origen y su mision.

Veremos que la Italia añade á la fuerza politica de su independencia, la fuerza moral de esta situacion escepcional que la convierte en la patria de la soberania espiritual, cuyo imperio se estiende hasta los confines del mundo.

Entre tanto y á pesar de todo lo ocurrido, á pesar de tantas negativas opuestas á la intervencion generosa de la Francia, á pesar de tantas injusticias que no han podido poner término á su adhesion estamos convencidos de que el emperador dejará su espada en Roma para protejer la seguridad del Padre Santo. Fiel á su doble deber de soberano elegido por la voluntad nacional y de primogénito de la Iglesia, no puede sacrificar la Italia á la córte de Roma, ni entregar el Pontificado á la revolucion. Impasible como la conciencia y el derecho de un gran pueblo, esperará con paciencia la hora próxima en que el gobierno pontificio, desengañado al fin de los peligrosos aliados que le han impuesto su apoyo, sabrá distinguir entre los que lo han hecho todo para perderle, y los que lo han hecho todo para salvarle.

*Por lo que va sin firma,*

P. J. Gelabert y Pol

# Palma.

Ayer mañana entró de arribada en este puerto el vapor *Ebro*, que conducia desde Mahon un batallon del regimiento infanteria de Valencia, y que por causa del temporal no pudo continuar su viaje. Al anochecer desembarcó la tropa y fué alojada en esta ciudad en casas particulares, hasta que cesando el temporal que aun hoy reina, pueda *El Ebro*, seguir su ruta á Tetuan.

Por causa del mal tiempo el vapor-correo *Jaime II* que debia salir hoy para Barcelona, ha suspendido su viaje hasta mañana á las tres de la tarde, si el tiempo lo permite.

*Por lo anterior,*

P. J. Gelabert y Pol.

## CRONICA RELIGIOSA.

*Santo del dia de mañana.*

LA TRASLACION DE SANTA FLORENTINA, VIRGEN

Y

SANTA MATILDE, REINA.

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las.... 6 hs. 15 ms.
Pónese.... á las.... 6 » 5 »

*Hora en que debe señalar el reloj al medio dia verdadero.*

Las 12 hs. 9 ms. 53 s.

## AVISOS OFICIALES.

### ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de dia para mañana: el coronel graduado teniente coronel primer gefe del batallon fijo de artilleria de Mallorca, don Francisco Calderon.

Parada: Gerona.

Hospital y provisiones: el mismo cuerpo.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

### JUNTA DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO DE LAS BALEARES.

*Comercio.—Circular.*—Desde que en el año 1845 se estableció el sistema tributario que hoy rige, comprendieron sin duda la generalidad de los comerciantes de esta Ciudad, que la obligacion impuesta por la ley de subsidio, de presentar en la Administracion de Hacienda pública una declaracion duplicada de la clase de especulacion ó comercio que ejercian, les relevaba de la que en virtud de lo dispuesto en el artículo 11 del Código mercantil deben exibir al establecerse ante la autoridad civil municipal, y en este supuesto, cesaron de cumplir, con muy pocas excepciones, un requisito tan indispensable como terminantemente preceptuado. Semejante error, que no fué desgraciadamente esclusivo de la capital de estas islas y la impunidad en que quedaron algunos especuladores de mala fé, por no podérseles aplicar las leyes sobre quiebras, dieron margen á que se dictase la Real órden de 16 de marzo de 1846, reformando en parte el artículo 11 del Código, y mandando que las Juntas de Comercio obligasen á inscribir en la matricula de comerciantes, á todos los que ejerciesen tan honrosa profesion, impidiendo á los contraventores la continuacion de sus operaciones comerciales, con formacion de causa como transgresores de la ley. Esta severa aunque necesaria disposicion que puntualmente ejecutada hubiese evitado notables perjuicios á diferentes casas de esta capital, no fué con oportunidad puesta en práctica; y la Junta Provincial en quien se han refundido todos los deberes de la suprimida de comercio, se cree hoy en la obligacion de hacerla cumplir y acatar por todos, en garantía de los derechos legales del comercio de buena fe, cuya custodia y proteccion la están encomendados. Al efecto ha acordado en sesion de esta fecha proceder á la formacion de una nueva matricula de comerciantes, dirigiéndose por la presente á todos los domiciliados en los distritos judiciales de esta capital, que tienen por ocupacion habitual y ordinaria el tráfico mercantil, fundando en él su estado politico, para que en el improrogable término de treinta dias presenten en su secretaría, sita en la seccion de Fomento de este Gobierno de provincia una declaracion duplicada que formarán con arreglo al modelo adjunto.

Persuadida esta junta de que la distinguida clase á quien tiene el honor de dirijirse, comprenderá perfectamente que la adopcion de esta medida es altamente beneficiosa para el comercio de buena fé y un seguro por decirlo así de sus derechos civiles, se promete ser atendida y puntualmente observada por todos sus individuos esta amistosa escitacion, para cumplir un servicio que ya hace tiempo debiera estar practicado, evitándola el disgusto de tener que recurrir al gobierno de la provincia para que impida el ejercicio de la profesion mercantil segun dispone la Real órden citada á los que dejen de inscribirse en el término señalado. Palma 28 de febrero de 1861.—El presidente.—José Fernandez del Cueto.—P. A. de la Junta.—El secretario general.—Alejandro Bejar.

### MODELO DE LA DECLARACION.

D. M. N. vecino de........natural de........ de estado....... participa á la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de esta provincia que se halla dedicado desde........ á ejercer la profesion mercantil en la clase de........bajo la razon social de........y tiene su establecimiento en la actualidad en la calle de........ n.º........ Palma........de........1861.

*Firma del interesado ó razon social.*

### SOCIEDAD DEL ALUMBRADO DE GAS DE PALMA DE MALLORCA.

La sociedad del alumbrado de gas debiendo pasar á la escavacion necesaria para la cisterna de un gasómetro, lo pone en conocimiento del público para que las personas que deseen entrar en licitacion con arreglo al pliego de condiciones y plano que obran en la secretaria de la sociedad—Cuesta de Santo Domingo—76—principal, se presenten el dia 23 del corriente con sus pliegos cerrados á las 12 de la mañana á cuya hora se abrirán adjudicandose la subasta al mejor postor siempre que se considere admisible la proposicion. Palma 13 de marzo de 1861.—P. A. de la D.—J. Fiol secretario.